

Una débil presencia, un roce apenas. Las marionetas.

Sus emociones parecen despertar, hasta cierto punto, contra su existencia. No pueden ver su pelo crecer. No pueden ver sus hijos crecer. No pueden ver sus posesiones crecer. Entonces la pregunta es: ¿necesitan eso? ¿pueden vivir, si es posible llamar vivir lo que hacen, sin eso? Pero aquí sólo responde una imposibilidad psicológica. Que ellas pudieran hacerse a sí mismas. Que se hicieran libres de narcisismo, libres del contagioso narcisismo humano. Y que si alguien quisiera instruir las en algo, como a un niño, sabiamente, ocultándoles lo vergonzoso, ellas ya lo supieran.

Nada permite asegurar que expresan gratitud. Gratitud por haber sido creadas. Pretender su gratitud es asumir, compulsivamente, que ser es mejor que no ser. Pero es sólo un argumento. Algo que no se puede experimentar, que no puede ser motivo de gratitud. La gratitud, si gratitud hay, viene después, cuando ya se es. Entonces, si la mano expresa amor, hay gratitud. Si la mano golpea, no hay gratitud. Si la mano golpea, pierde sus prestigios. Porqué la mano golpea. Quién podrá saberlo, tal vez porque puede. Las de ellas no pueden. Golpear. O sí, pero sólo cuando se les permite. Cuando la mano humana se los permite. Doble golpe, entonces. El humano, y el de ellas. Pero el de ellas imperceptible, inofensivo. Algunos humanos, a veces, cuando pueden, dan golpes. Y esperan gratitud de la marioneta, que ellos no han creado, pero podrían haber creado. Pero a ellos quién los ha creado, si alguien los ha creado. Pero a ellos quién los manipula, así como ellos manipulan. A ellos quién los ha creado (¿por error?) con cuerpo pero sin alma. Pero pretendiendo inútilmente tener un alma.

Se puede demostrar que el peso del torso descansa allá, sobre el lado opuesto de su propio cuerpo, el lado débil, el que se ajusta al tamaño de la mano, pero ésta es una descripción que no resuelve nada sólo un torpe inventario inútil como si no hubiera tiempos y espacios que considerar, como si no hubiese pasiones y opciones y planes como si esta mano no fuese una jaula como si esta mano no activara la gran maquinaria de lo humano como si no fuese esta mano la que revela, esconde, destruye, manipula

Su silencio es sin voz y sin escucha. Allí es donde resisten. Si es que resisten. Porque no se puede estar allí, en lo que piensan sienten y desean. Si es que sienten piensan y desean. Miran desde abajo, pero con una mirada cuidadosa. Cuidadosamente miden los ojos de los que las miran, se preguntan cuántos son, estudian sus posturas. No les preocupa la altura. La altura no significa nada para ellas. Les preocupa su mirada, lo que dice su mirada.

Se piensa en lo humano como naturaleza y en ellas como artificios. Pero son diferentes. Ellas se asombran tal vez de lo que se les hace hacer, se asombran de saber danzar, de saber correr, de poder volar. En ellas, la libertad es una forma de estar, de existir. En el humano, y eso ya ha sido dicho, la esclavitud es voluntaria, la esclavitud es elegida como una forma de vida privilegiada. Y hay que convivir, piensa la marioneta. Pero cómo convivir. El libre nunca ha vivido bien entre esos hombres. Esos hombres aceptan la libertad de la marioneta. Les parece inofensiva, pero la vigilan. Vigilar es lo más propio de esos hombres, no dejar ser. La marioneta es inofensiva mientras no diga la verdad. La vigilan.

Libres ellas, obviamente, de lo inevitable en la vida de lo que apenas hay consciencia por ser casi banal como por ejemplo la existencia del día y de la noche los cambios de temperatura algo que se ha leído hace algún tiempo la realidad de lo que la memoria contiene y que la mente vuelve a examinar para hacerse una idea de lo que ella es, de lo que sabe toda esa persistente invención en la mente Ellas en cambio libres para simplemente ser para simplemente expresar sin memoria ahora un rasgo de emoción, una señal de penuria, de pérdida ahora un pequeño, casi imperceptible pero necesario movimiento de la mano ¿debería cruzar los pies? ¿debo girar la cabeza? como si estuvieran siempre en el momento preciso del nacimiento de su presencia, lleno de promesas luminosas, en ese momento privilegiado que sólo existe antes de que desde fuera se impongan la decepción, la revuelta, la llamada a la acción.

Puede ser que algún día la marioneta se vea a sí misma, vea su rostro, todo su torso, hasta la cintura, su cuerpo alerta acusando el roce de unas manos. Esas manos que la hacen moverse reírse lamentarse. Que la hacen frágil. Que delante de otros la muestran como frágil. Puede que algún día se vea caminando sin dirección, alejándose sin dirección, riéndose. Por caminos que rápidamente terminan, que acaban en otras manos. En un mundo cruel qué destino puede tener alejarse, piensa la marioneta. Y sin embargo piensa: hay que buscar siempre el camino. Poco a poco, alejarse. Oh qué hermosos árboles, se emociona la marioneta.

Imaginar una marioneta que rehúsa ser vista, siempre en la oscuridad. Amar esa marioneta.

Ernesto Fontecilla